

## **Los Acuerdos de Paz entre la historia y la ficción: una lectura de *Las copas del castigo*, de Berné Ayala**

**MERCEDES SEOANE**

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA

UNIVERSIDAD NACIONAL ARTURO JAURETCHE

*mseoane55@gmail.com*

*La Historia cuenta cómo fue que ocurrió.  
Una historia cuenta cómo pudo haber ocurrido.  
Alfred Andersch, Winterspelt (Fresán, 2009; 10).*

1. Los Acuerdos de Paz firmados en Chapultepec en enero de 1992 con el objetivo de poner fin al conflicto armado en El Salvador despertaron una inmensa ilusión en la sociedad, agotada por los costos de una guerra de doce años que no parecía poder resolverse en favor de ninguna de las partes en lucha. Además del cese del combate, las disposiciones incluidas en el texto de los Acuerdos introducían algunos cambios muy positivos, puesto que se contemplaba la instauración plena del sistema democrático<sup>1</sup>, la reinserción en la vida civil de ambos bandos, la transformación del Frente Fara-

1 En este punto es necesario señalar que, si bien suele pensarse en la celebración de los Acuerdos como el comienzo de las recientes democracias en las naciones del istmo, esto no es estrictamente correcto, puesto que en los años previos a la firma, las tres naciones celebraban elecciones, aunque por las restricciones impuestas algunos autores se refieren a este sistema político como «democracias de fachada», es decir, «régimenes en los que se aprueba una constitución democrática liberal, se mantiene su vigencia, se practica un juego democrático restringido a determinados partidos políticos y se produce el recambio electoral cada cuatro años» (Fernández García, 2009; 47). Si bien desde un punto de vista estrictamente formal pasar de un régimen autoritario a un gobierno civil electo es el indicador de transición democrática más habitual, éste no fue el caso en Centroamérica, a diferencia de las transiciones en el Cono Sur (Sieder, 2002; 249-250). Edelberto Torres-Rivas, por su parte, llama también la atención sobre el factor de la (re)instauración de un sistema democrático anterior a la firma definitiva de los Acuerdos: «Al contrario de lo que ocurrió en todas las otras guerras del sub-desarrollo, las llamadas pequeñas guerras calientes de la Guerra Fría que se desencadenaron en Angola, Mozambique, Eritrea, Etiopía, Camboya, y otras más, en Centroamérica fue primero la democracia y después llegó la paz» (Torres-Rivas, 2013; 471-472).

bundo Martí para la Liberación Nacional en un partido político legal que competiría en las elecciones, y la institución de una Comisión de la Verdad para investigar los numerosos atropellos contra los derechos humanos cometidos durante la guerra<sup>2</sup>.

2. El período de posguerra sentó también las condiciones para la reconstitución y reconfiguración del campo cultural, y mostró una notable vitalidad de la actividad literaria en la región. De acuerdo con Alexandra Ortiz Wallner, la gran producción de ficción en el istmo en este período constituyó una verdadera «explosión escritural» (Ortiz Wallner, 2012; 33), caracterizada por el agostamiento de la narrativa testimonial hegemónica, el auge del género novela y la separación entre el compromiso político y las propuestas estéticas, una relación que había definido buena parte de la producción del período anterior.

3. Dicha separación lógica entre política (noción que tomamos aquí en sentido amplio) y producción literaria, congruente con el cambio epocal, no quiere decir que la narrativa dejara de dialogar, con mucha frecuencia y de múltiples formas, con la historia reciente<sup>3</sup>. De hecho, a diferencia de lo que algunos textos teóricos señalaron en aquel momento inaugural, una parte importante de la narrativa de posguerra<sup>4</sup> siguió leyendo y proponiendo,

2 Los Acuerdos incluían también una reforma constitucional, la depuración de las Fuerzas Armadas, la creación de instituciones que sirvieran a la defensa de los derechos humanos y la producción de un informe por parte de la Comisión de la Verdad. Este informe, aunque de carácter no vinculante, fue redactado por personalidades de gran prestigio, y presentó una extensa investigación acerca de las múltiples violaciones a los derechos humanos. El proceso de firma de los Acuerdos de Paz fue también reconocido y celebrado a nivel regional e internacional (como muestra la decisión de otorgar el premio Nobel de la paz a Óscar Arias, elegido presidente de Costa Rica por primera vez en febrero de 1986, por su intercesión y plan de pacificación para Nicaragua).

3 Se verifica también en este período una producción abundante de novela histórica, que vuelve sobre distintos acontecimientos del pasado, ofreciendo al mismo tiempo, sin dudas, una reflexión sobre el presente, y una contribución, desde la ficción, a las luchas contra los relatos y subsecuentes políticas del olvido. Como señalan Werner Mackenbach, Rolando Sierra Fonseca y Magda Zavala en la introducción a un estudio sobre este tema, «el auge de los relatos históricos se inscribe además en un fenómeno cultural en el que la narrativa, como ninguna otra expresión artística, ha asumido un papel protagónico en la lucha contra el olvido, la omisión y la tergiversación de la historia, y en la construcción de la memoria colectiva» (Mackenbach, Sierra Fonseca y Zavala; 2008; 5).

4 La discusión acerca de la noción «narrativa de posguerra», que ocupó a la crítica durante algún tiempo, es ciertamente conocida, y será utilizada aquí como mera referencia y no como categoría de análisis, que no es nuestro objetivo discutir. Para una reflexión más amplia acerca de los límites y los debates al respecto, ver la reflexión de Werner Mackenbach «Después de los pos-ismos: ¿desde qué categorías pensamos las literaturas centroamericanas contemporáneas?», publicado en el volumen introductorio del

como parte fundamental de su propuesta poética, una elaboración de los acontecimientos histórico-sociales recientes, en un movimiento en el que la literatura, alejada ya de los dilemas acerca del compromiso político del arte en un contexto revolucionario, no dejó por ello de hablar de política, aunque las formas de apropiación de lo real y las concepciones ideológicas y estéticas se modificaran profundamente por las transformaciones en el contexto de producción. La opción mayoritaria por el género novela en este período de debate responde también en parte, en nuestra opinión, a la especial interacción dialógica entre novela y sociedad, trabajado en abundancia en los conocidos estudios de Bajtin, pues la novela ofrece un medio y un espacio privilegiado de trabajo para los diversos relatos que circulan, muchas veces aún no del todo cristalizados, y puede (re)construirlos y otorgarles forma, incorporando las múltiples voces que resuenan en el mundo social.

4. Así, parte de la ficción centroamericana continuó participando activamente, tanto con propuestas estéticas nuevas como con experimentaciones anteriores y renovadas formas del diálogo entre literatura y sociedad, de la arena pública, tomando como materia las heridas y efectos de la guerra, las desilusiones de la posguerra y las huellas de múltiples violencias y de la desintegración social. En la producción novelística del período se entretrajeron con frecuencia los acontecimientos históricos y sociales traumáticos, y se discutió con zonas de discurso opacas o totalmente obturadas por dichos traumas o por silencios cómplices, como es el caso de la novela de la que nos ocuparemos en las siguientes líneas, *Las copas del castigo*, del autor salvadoreño Edwin Ernesto Ayala, publicada en El Salvador en 2005<sup>5</sup>.

proyecto HILCAS (*Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas*).

- 5 A diferencia de otros textos que provocaron encono a pesar del pacto de ficción que ofrecían, esta novela no causó particular molestia, especialmente si tenemos en cuenta el repudio ocasionado, pocos años después, por el libro de investigación que el autor publicó junto a Geovani Galeas (otro excombatiente que ya había cosechado enormes críticas por escribir un texto favorable a Roberto D'Aubuisson en el año 2004, en uno de los medios gráficos de mayor circulación en El Salvador). Titulada *Grandeza y miseria en una guerrilla*, la obra denuncia que, en el período de 1986 a 1991, en el frente de las FPL (Fuerzas Populares de Liberación, que conformaron el FMLN junto a otras organizaciones), se torturó y ajustició a cientos de guerrilleros acusados de haberse pasado a las filas enemigas. La responsabilidad no sólo recaía, según los autores, en los responsables directos sino en el comandante que era por entonces el líder de esa organización, Salvador Sánchez Cerén. El gran enojo causado por el libro no tuvo que ver solamente con la denuncia en sí (pues muchos habían escuchado hablar de ello de manera no oficial), sino con el hecho de que el informe fuera publicado muy poco tiempo

## 1. Los múltiples rostros de la Historia

---

*La literatura se sitúa a menudo frente a la historia como la otra cara de la luna, la cara que deja en sombra el curso del mundo.*  
Claudio Magris, *Utopía y desencanto*.

5. El período de ilusión inicial tras el fin de la guerra, al que hiciéramos mención en las primeras líneas, resultó horadado por una percepción social cada vez más crítica y desencantada, que comenzó a descubrir no solo los límites y puntos débiles del celebrado acontecimiento, sino también los pactos no explicitados y las promesas incumplidas<sup>6</sup>. Moviéndose ambiguamente en los intersticios del espacio que separa la ficción de la realidad extratextual, y abrazando tanto un renovado verosímil realista como diversas experimentaciones estéticas, *Las copas del castigo* contribuye a la expresión de esa desazón colectiva con una profunda crítica de carácter ético-política a la transición, que comprende tanto el proceso previo a la firma de los Acuerdos como también la conducta de los actores involucrados, es decir, la (ex) conducción de la guerrilla, sus antiguos enemigos, que están (continúan) en el poder, e incluso los representantes de las organizaciones internacionales que velaron por el éxito de las negociaciones. Todos ellos transitan un escenario construido sobre un paisaje de degradación absoluta

antes de las elecciones presidenciales de marzo de 2009, en las que por primera vez el FMLN, que nunca hasta entonces había llegado al poder desde su conversión en partido político, tenía grandes chances de ganar las elecciones tras cuatro gobiernos consecutivos del opositor ARENA, con el binomio Mauricio Funes y Sánchez Cerén como vicepresidente. Los simpatizantes del FMLN acusaron a los autores de traidores puestos al servicio de la derecha. A pesar de todo, el FMLN logró alzarse con la histórica victoria.

- 6 El transcurso del tiempo reforzó la percepción de que los más beneficiados fueron los miembros de las cúpulas de uno y otro bando que firmaron la paz, una opinión refrendada por la aprobación por decreto del presidente Alfredo Cristiani de la Ley de Amnistía General en 1993, que en la práctica sepultó el informe de la Comisión de la Verdad bajo el lema de «perdón y olvido». El investigador holandés Ralph Sprenkels sostiene que el fracaso de la Comisión por la Verdad, al ser aprobada en la Asamblea Legislativa la ley de amnistía, hizo que se bloqueara de un golpe el establecimiento jurídico definitivo de las responsabilidades en las gravísimas violaciones a los derechos humanos cometidas en el país, y permitió a su vez la permanente escritura y reescritura de la(s) memoria(s) por parte de ambos bandos, especialmente en el caso del ex Mayor Roberto D'Aubuisson y Schafik Handal (Sprenkels 2011), que aparecen, junto con otros líderes, en la novela aquí revisada, de forma apenas velada (el Mayor y el Palestino).

y transversal de los principios morales, así como de fracaso de todas las partes para lograr el objetivo de conformar una sociedad justa.

6. La novela se caracteriza por una prosa rápida marcada por constantes quiebres en la voz narrativa y en la organización temporal (en el tiempo del *récit*, de acuerdo con la clásica distinción genettiana), que generan un ir y venir constante del presente cronológico al momento en que ocurrió el hecho que da unidad a la trama: el secuestro de un poderoso empresario, organizado por parte de algunos miembros de la guerrilla poco antes del fin de la guerra. En el presente de la narración, ya en tiempos de transición, se lleva a cabo la investigación judicial, en manos del único juez que acepta, más por necesidad que por convicción, la ardua tarea<sup>7</sup>. Las consecuencias del secuestro extienden su peligrosa sombra al período de frágiles negociaciones, y amenazan también con complicar judicialmente la situación de los (ex) líderes de la guerrilla por una cláusula que sus enemigos, en ejercicio del poder, logran hacer pasar inadvertida en el texto de los Acuerdos: se prevé en ellos una amnistía generalizada para todos los crímenes cometidos durante la guerra, excepto el secuestro. Pero los poderosos de uno y otro bando saben cómo protegerse, y tras un juego de arreglos y traiciones múltiples, sólo los más débiles pagarán una culpa que no es la suya. El fracaso en el cumplimiento efectivo de la ley tendrá como última víctima al propio juez.

- 7 Los secuestros practicados hacia el final de la guerra, e incluso luego de la firma de la paz, fueron una práctica que habrían llevado a cabo algunos integrantes del PCS (Partido Comunista Salvadoreño), una de las cinco organizaciones que conformaron el FMLN. Dicha organización fue vinculada, dos años antes de que terminara la guerra y con posterioridad a la firma de los Acuerdos, a varios hechos de este tipo, lo cual generó numerosas dudas y cuestionamientos al respecto del partido y de su líder, Schafik Handal. Ralph Sprenkels se refiere a esta práctica en el trabajo anteriormente citado, así como a las acusaciones en contra de Handal: «El informe determinó la responsabilidad de la comandancia general del FMLN, incluyendo Schafik Handal, en hechos de violencia que violaban el derecho internacional humanitario. [...] En 1997, el PCS salió implicado en unos casos de secuestros de personas adineradas por lograr rescate. Los secuestros comenzaron en los últimos dos años de la guerra y, para sorpresa de muchos, luego de los Acuerdos de Paz una célula clandestina aparentemente no se desmovilizó y siguió cometiendo este tipo de hechos, culminando con el secuestro de Andrés Suster, un adolescente perteneciente a una familia adinerada, en septiembre de 1995. Cuando salió a luz la participación de antiguas estructuras del PCS en los secuestros, la prensa de derecha arremetió contra Schafik, quien finalmente en el juicio que se dio sobre el caso no salió implicado personalmente, aunque sí hubo una orden de captura en contra del comandante Marcelo, otro integrante de la Comisión Política del PCS» (Sprenkels, 2011; 259).

7. La novela no solamente incorpora como materia ficcional los eventos históricos relacionados con el último tiempo del conflicto armado (específicamente, los secuestros) y el proceso y firma de los Acuerdos, sino que los ubica en el centro mismo de la trama: no constituyen un telón de fondo para las historias, sino que la *Historia* es protagonista. A ese efecto, las operaciones formales del texto efectúan un doble juego por medio del cual se develan y se ocultan, a un tiempo, los abundantes indicios extradiegéticos que guían la lectura: por un lado, la novela presenta un grado de referencialidad extratextual notoriamente elevado, que siembra huellas a lo largo de la ficción entera, y por el otro se enmascara, con disfraces sutiles y velos ligeros, la apropiación que el texto opera sobre lo real. El primer movimiento mencionado, es decir, la opción por el fuerte anclaje en el mundo exterior a la diégesis, que se relaciona directamente con la intención de denuncia inscrita en la novela, se logra a través de la inclusión de numerosos nombres propios, garantes de la ilusión referencial pero también de “realidad”, y de la decisión ideológica de no dejar libradas al azar las definiciones acerca del espacio, los actores y su interacción en relación con ese mundo extra-diegético que resuena en cada uno de los nombres propios. Veamos un ejemplo breve (entre muchos posibles):

Al finalizar las guerras en la región centroamericana, [Gene Hackman] tuvo que realizar un audaz acoplamiento, el proceso de paz, el comercio, la venta de madera desde Nicaragua y Honduras en consorcio con Tomás Borge, el viejo dirigente del Frente Sandinista que había estado a la cabeza del Ministerio del Interior; la industria hotelera de Costa Rica en consorcio con ciertas firmas empresariales de Arias, el Premio Nobel de la Paz y con capitales de Edén Pastora, por medio de prestanombres venidos de Alemania (223)<sup>8</sup>.

- 8 La amplia gama incluye toponímicos, personajes y eventos históricos, referencias de elevado valor simbólico e ideológico. Baste señalar, para que las afirmaciones teóricas no parezcan injustificadas pero que no ahoguen tampoco este texto con citas, que aparecen aquí, cual puntos en un mapa, referentes espaciales tales como el poblado de Izalco, el Cerro de Guazapa, el Cantón Las Minas, el Zapotal, el Sumpul, la frontera con Honduras, etcétera. La lista de personajes históricos que aparecen mencionados por sus verdaderos nombres incluyen, entre otros, al General Hernández Martínez, José Napoleón Duarte, los mexicanos Salinas de Gortari y Vicente Fox, la ex presidente nicaragüense Violeta Barrios viuda de Chamorro, el escritor y ex vicepresidente sandinista Sergio Ramírez Mercado, el ex líder de las FARC conocido como Tirofijo, etcétera. Los acontecimientos históricos evocados en la trama comprenden, además de los que resultan centrales para la construcción ficcional de los acuerdos que propone la novela, la muerte de los sacerdotes jesuitas, el secuestro de la hija de Napoleón Duarte, la derrota electoral del sandinismo, entre otros. Otras referencias muy específicas resultarán, una vez más, sólo reconocibles para habitantes o conocedores de la ciudad capital salvadoreña (la exclusiva colonia Escalón, el centro comercial Metrocentro, y hasta la elefanta Manyula, cuya mención resulta inconfundible para locales y expertos). Esta construcción

8. Como señala Luz Aurora Pimentel, la utilización abundante de nombres propios no solo crea la «objetivización verbal» del espacio sino que refiere a mitos compartidos (Pimentel, 2008; 31), a una enciclopedia cultural fácilmente reconocible para un lector conocedor del horizonte histórico-social de la novela, con lo cual la opción por la alta referencialidad textual inscribe claramente a *Las copas del castigo* en la polémica.
9. La construcción de los personajes refuerza la propuesta de transitar por el estrecho camino divisorio entre lo imaginario y lo real al proponer una interacción entre personajes enteramente ficcionales y numerosas figuras históricas, (ligeramente) encubiertas bajo nombres genéricos (el Presidente, el Ministro, el Enviado Especial) o apodos, muchos de ellos con ecos hollywoodenses (Jack Nicholson, Gene Hackmann, Al Pacino, James Dean, etcétera), que serán reconocidos nuevamente por una recepción específica, una suerte de Lector Modelo según los conocidos términos de Umberto Eco<sup>9</sup>. Entre las figuras enteramente ficcionales se encuentran, principalmente, el mismo juez (a quien se da el simbólico nombre de Salvador Guerra), la médica forense que es su compañera, y la humilde mujer que cuida al empresario durante su secuestro<sup>10</sup>. No obstante, aun cuando aso-

espaciotemporal detallada es reforzada por el uso de un lenguaje coloquial local. Estas elecciones no caracterizan únicamente a este texto, sino a un conjunto relativamente abundante de la producción literaria centroamericana que, como el texto de Ayala, dialoga fuertemente, de un modo u otro, con su contexto.

- 9 Este juego entre lo real y lo ficcional, que involucra a los personajes de algunos textos, también caracteriza a una parte no menor de la «nueva» narrativa centroamericana de los años noventa, en la que con frecuencia el autor empírico o sus conocidos, más o menos enmascarados, se mezclan con figuras totalmente ficticias. El uso de esta estrategia llevó a una jocosa propuesta de Jacinta Escudos, quien sugirió dejar de lado la disputa (eterna) por las etiquetas teóricas que hasta entonces se habían discutido y utilizado para englobar de algún modo a la narrativa de posguerra, y remplazarlas por la de «literatura del chambre» o del «chisme» pues «aparentemente algunos autores han encontrado su inspiración en la reproducción de hechos y personajes conocidos de la sociedad salvadoreña para, a partir de ellos, producir narrativa» (Escudos, 2005; 142). Escudos señala asimismo que el riesgo de esta literatura es la fácil identificación de los personajes o las circunstancias noveladas y mal escondidas, lo cual, siempre según la autora, «ha envenenado a los ya de por sí escasos lectores salvadoreños que se han mal acostumbrado a un juego absurdo: el intentar ‘reconocer’ la coincidencia entre el personaje de alguna novela con personajes de la sociedad salvadoreña» (142). En este caso, sin embargo, el recurso se utiliza para la crítica política del proceso descrito.
- 10 La construcción de este personaje cumple la función de introducir otra dura crítica hacia el abandono de la ética revolucionaria de los líderes de otrora, pues cuando la mujer es encarcelada y se resiste a inculpar a los verdaderos responsables del secuestro, éstos no responden a sus pedidos, ocupados en salvarse solos: «La verdad amarga, al menos para ella, era que nadie se asomó, los comandantes no respondieron a ninguna de sus cartas,

man por momentos elementos de sus subjetividades, de sus (pequeñas) historias privadas, el espacio de la esfera íntima resulta arrasado por el peso que se agencia la Historia pública en la trama. Ante ella sucumben muy pronto las dudas y temores del juez, los pliegues de su relación sentimental y la frustración de su compañera<sup>11</sup>. La vorágine de los acontecimientos políticos, materia y centro de la ficción, los devoran prontamente.

10. La crítica acerca de los históricos acuerdos y del discurso celebratorio de los mismos se ejerce especialmente cuando se ofrece una suerte de mirada que espía las negociaciones, inmiscuyéndose como un agente invisible tras las puertas cerradas de quienes discuten los términos de la paz. Aun cuando se señala, irónicamente, que se trata de conversaciones «que no conocerían ni sus más allegados, porque lo que haces conmigo en una cama es problema tuyo o mío» (272), el texto, imaginando lo «real», ofrece su versión de cómo se conversó en Nueva York, bajo el amparo de las Naciones Unidas:

Para cada asistente había una carpeta azul con el escudo de la ONU, en el interior se apilaban los documentos de la agenda, que en este caso compilaban las quejas en contra de la delegación guerrillera. El miembro de la ONU hizo, además, unas alusiones galácticas de carácter obligatorio relacionadas a los asuntos de los compromisos con la paz y esas cosas de convenios de Ginebra [...], situaciones que dejaron en apuros diplomáticos al Palestino, como deberá de entenderse con mucha facilidad debido a los compromisos adquiridos

aunque no fueron muchas, sólo tres» (275-276). Su única visita es un abogado casi tan pobre como ella misma, que espera recibir un pago generoso de parte de la antigua organización guerrillera; sin embargo, sus miembros nunca más aparecen y la mujer recibe una condena definitiva, «condenada a setenta y cinco años de cárcel en un país donde la esperanza de vida es veinte menos» (388). A pesar del abandono y de la pena que la espera, y en clara oposición con los comandantes, la mujer se niega repetidamente a acusar al verdadero responsable cada vez que la incitan a declarar, «no por esas cosas del comunismo, no por esas cosas de la revolución, ni por su libertad, sino por una cosa mucho más simple, al menos para ella, su dignidad [...]» (280).

- 11 La mujer del juez Guerra, médica forense, vive con él desde hace cinco años y desea casarse; algunos breves pasajes abren un pequeño espacio en la trama para la presentación de este conflicto íntimo. Una noche la médica lo espera con la cena lista y la ilusión de sellar su amor con un casamiento, pero él deja el acta prematrimonial sobre la mesa y se va a la cama «como si se tratara de un ladrón, viendo en la dirección del sinsentido mientras ella estaba a su lado como muerta de decepción» (78). Los papeles que deben ser firmados por Guerra como preacuerdo marital permanecen largamente en su lugar, sin cambios, y el juez manifiesta a su decepcionada compañera que «todas las cosas que se firman huelen feo, mirá los acuerdos de paz» (281). Al final de la novela la médica se confronta no solamente con la noticia de la muerte de su amado sino con la obligación (a la que parece desistir) de practicar sobre él la autopsia correspondiente.



en materia de humanización del conflicto armado y todas esas vainas que resultaría engorroso y aburrido hacer una enumeración pormenorizada (83).

11. Asimismo, la lente indiscreta que construye el texto penetra en reuniones secretas entre el Presidente y el ex comandante guerrillero bautizado Al Pacino, quienes negocian su impunidad con cinismo e incluso familiaridad («cuando la reunión estaba a punto de finalizar Al Pacino le ofreció reponer a la hija de Laika por un doberman de pura sangre [...]»; 305). La impunidad por el cruento asesinato de los sacerdotes jesuitas en el año 1989 es mencionada con ligereza, como parte de las conversaciones privadas que preceden a las negociaciones oficiales; dicha impunidad es conveniente para ambas partes en tanto moneda de intercambio, y los personajes manifiestan su alivio acerca de la negativa de la Corte a declarar la inconstitucionalidad de la Ley de Amnistía gracias a «un escondrijo de un fallo de corte salomónico», y mediante un subterfugio publicado ese mismo día en los periódicos: «*La amnistía es una gracia del soberano, una gracia colectiva que tiende a garantizar la paz social y política*» (304). El cinismo que caracteriza la discusión de los antiguos contrincantes, los temas altamente sensibles que aparecen en sus negociaciones secretas (la muerte de los sacerdotes jesuitas, en particular, como objeto de extorsión) y la elección de ciertos términos con el objetivo de banalizar algunas cuestiones fundamentales implicadas en los relatos oficiales del proceso (las alusiones «galácticas», «esas cosas de convenios de Ginebra» y «todas esas vainas») van ejerciendo una demolición sistemática sobre la imagen impoluta del proceso de paz. La degradación operada por el relato se extiende tanto a las formas que tuvieron los acuerdos locales como a las gestiones internacionales, como se advierte en la primera cita, y en la siguiente descripción de la vergonzosa impaciencia que aqueja al delegado de la ONU:

Les recuerdo, señores, que estamos aquí con el propósito de evitar que un incidente entorpezca las negociaciones de paz, dijo Sumalavia, con el visible reflejo de la aflicción por encontrarse en medio de fuego cruzado y la agonía que indicaba el deseo confuso de ir al baño (88-89).

12. El Presidente es otro de los blancos del ataque que ejercen las armas de la ficción: la construcción del personaje recurre al grotesco, al lenguaje soez y a la burla constante. Amante de sus jardines, del alcohol y de las orgías, el Presidente se encuentra más preocupado por el desamor manifestado por una actriz mexicana de Televisa que por las importantes circuns-

tancias que atraviesa su país, y esta preocupación amorosa no le permite concentrarse en nada más, como por ejemplo, el anteproyecto más trascendente para la firma de la paz, la Ley de Reconciliación Nacional –los términos de la amnistía, en otras palabras–. Además de su pasión por las fiestas, por la actriz de Televisa y por «la sodomía y el exhibicionismo» (105), el Presidente presenta otro gusto perturbador:

[...] escancié en el vaso un perfume gringo, Manhattan Transfer, hasta que rebalsó, se mojó el escritorio y cayeron unas gotas sobre la alfombra, eso le provocó la sensación de orinar sobre ellas, se bajó la bragueta, sacó el pito y escribió su nombre con delicadeza mientras el cuerpo se tambaleaba de un lado a otro, los pantalones de uniforme militar con las puntas de un cincho de hebilla dorada colgaban del sillón ubicado frente al suyo, el olor a perfume y orines se confundía, el pabellón nacional seguía a su diestra [...] (106).

13. Hacia el final de la novela, la falta de distinción entre los miembros de uno y otro lado, que emprenden una nueva vida política, se pone de manifiesto hasta tal punto que, como en la famosa sátira orwelliana, comienza a resultar difícil distinguirlos:

Jack Nicholson y Gene Hackman estaban juntos, había otros miembros del gabinete saliente, congresistas y magistrados de la Suprema Corte, todos vestían igual, con los trajes clavados en sus cuerpos inmolados por la mentira y el rimen de cuello blanco, y el rostro demacrado por la goya; el Lobo de Albania entraba en la vida del fuero como nuevo diputado del Parlamento Centroamericano, varios miles de dólares al mes, viáticos, gastos de representación, vehículo y más relaciones para ampliar los negocios, el Ministro también estaba allí, muy cerca, de vez en cuando los miraba y se reía con ellos, esa sonrisa de la diplomacia que nada bueno puede decir pero que muestra al desnudo los incisivos. [...] El Director de la Policía daba las últimas directrices de campo a la legión de uniformados que prestaban seguridad al traspaso de gobierno, llegaba otro, pero era del mismo partido, todo seguiría entre la familia, entre hermanos, para garantizar el proyecto de la democracia (389-390)<sup>12</sup>.

14. El extremo parecido entre los antiguos adversarios ideológicos, dispuestos a pactar lo que sea con tal de asegurar la salvación individual, la impunidad de oscuros personajes como Gene Hackmann, que escapa a todo y continúa operando en las sombras, y la Justicia doblegada, fiel a los inter-

12 Esta no es la primera vez que el texto pone énfasis en la similitud entre los supuestos enemigos ideológicos irreconciliables. En la reunión en Nueva York, donde se trata el tema del secuestro, se dice que «aunque el gobierno se resistiera a reconocerlo públicamente, aquellos piricuacos también representaban poder, y desde hacía meses atrás se vestían de la misma manera, con trajes de casimir, corbatas de seda, zapatillas de cuero de cocodrilo, relojes bañados en oro, y hablaban más o menos los mismos idiomas y dialectos, y por sobretodo compartían la misma mesa para la merienda» (85).

eses de los poderosos y más ciega que nunca, se contraponen a la imagen de una sociedad degradada que deja fuera a los más humildes (representados en la figura de la cuidadora de la casa). Así, el texto ofrece su mirada crítica no sólo con respecto a las pasadas derrotas, un tema que ocupó a algunas novelas del período, sino que presenta una profunda reversión de la imagen inicial, monumentalizada, de los pactos que permitieron la pacificación y transición salvadoreños, al tiempo que siembra, a pocos años de la firma, una amarga sospecha: la democracia proveniente de una lucha que fue perdiendo sus valores y de unos acuerdos que se representan espurios, nace con la marca de un pecado original.

## **2. A modo de reflexión final**

---

15. La novela de Ayala propuso una denuncia ficcional, relativamente temprana, con respecto al modo en que se produjo la instauración del nuevo régimen democrático salvadoreño y la justicia transicional, cuyo análisis en términos teóricos requería, como todo proceso complejo, de mayor distancia temporal; sin embargo, la literatura estaba lista para la discusión y la revisión crítica, con la capacidad que caracteriza, como señala Beatriz Sarlo, a las expresiones artísticas a la hora de captar las nociones compartidas aún no cristalizadas en un discurso más sistemático, y de dar forma a las representaciones que se encuentran en un momento de formación, no fijadas todavía enteramente en el espacio del intercambio simbólico (Sarlo, 2014; 57).
16. Utilizando las armas de la ficción para la construcción de sentido en torno a la multifacética serie de eventos que llevaron a la firma de la paz, *Las copas del castigo* muestra las grietas que el imaginario social comenzaba a avizorar, las sombras que se proyectaron muy pronto sobre el nuevo período histórico, los silencios cómplices y las fallas profundas en la instauración de la justicia transicional salvadoreña, expuestas mediante la (re)presentación de conversaciones que pueden o no haber tenido lugar (no es lo que importa), los modos en que se gestó la impunidad entre las cúpulas (como pudo o no haber ocurrido), el abandono de los más débiles y el triunfo político (ciertamente, no ético) de los negociadores y los firmantes, escondidos (apenas) bajo otros nombres. La novela propone un diálogo crítico al presentar su versión de los costados más desprolijos y denunciando

M. SEOANE, «Los Acuerdos de Paz entre la historia y la ficción: una lectura de *Las copas del ...*»

complicidades y traiciones al reponer la palabra (imaginada), complementando así, con su libertad estética intrínseca, los acercamientos analíticos a un proceso histórico-político que había ocupado lugares menores dentro del corpus narrativo de los años noventa y comienzos del nuevo milenio, más abocado a la crítica decepcionada de las utopías revolucionarias, a la memoria de las luchas y a la descripción de un paisaje de posguerra desolador y violento.

17. La suerte de la novela fue algo esquiva, por razones ajenas a ella y más propias de los múltiples aspectos que conforman el hecho literario, pero sigue constituyendo una revisión (ficcional) y una denuncia (estético-política) que navega las aguas tormentosas de la desacralización, ofreciendo una versión de lo que fue, en el comienzo, una sospecha dolorosa, y exponiendo lo invisible, lo que sucede entre bambalinas, a la sombra de la historia oficial, como la cara oculta de la Luna.

## **Bibliografía**

---

AYALA Edwin Ernesto, *Las copas del castigo*, San Salvador, Letras Prohibidas, 2005.

ESCUDOS Jacinta, «Los inclasificables: escritores salvadoreños hoy», in *Literaturas centroamericanas hoy. Desde la dolorosa cintura de América*, Kohut Karl y Mackenbach Werner (eds.):, Frankfurt/Madrid, Vervuert Verlag/Iberoamericana, 2005, p.137-145.

FERNÁNDEZ GARCÍA Jesús, *De la revolución a la desesperanza: transición y democracia en América Central*, Valencia, Edicions La Xara, 2009.

FRESÁN Rodrigo, *Historia argentina*, Buenos Aires, Anagrama, 2009.

MACKENBACH Werner (ed.), *Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas. Intersecciones y transgresiones: propuestas para una historiografía literaria en Centroamérica*, Guatemala, F&G Editores, 2008, volumen I.

M. SEOANE, «Los Acuerdos de Paz entre la historia y la ficción: una lectura de *Las copas del ...*»

MACKENBACH Werner, SIERRA FONSECA Rolando y ZAVALA Magda (eds.), *Historia y ficción en la novela centroamericana contemporánea, Honduras*, Ediciones Subirana, 2008.

ORTIZ WALLNER Alexandra, *El arte de ficcionar: la novela contemporánea en Centroamérica*, Madrid, Iberoamericana, 2012.

PIMENTEL Luz Aurora, *El relato en perspectiva*, México, Siglo XXI, 2008.

SARLO Beatriz, «Política, ideología y figuración literaria», in *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Saïtta Silvia y de Diego José Luis (dir.), Buenos Aires, Eudeba, Serie de los dos siglos, 2014, p.53-88.

SPRENKELS Ralph, «La memoria militante. Historia y política en la posguerra salvadoreña», in *Conflicto, memoria y pasado traumático: El Salvador contemporáneo*, REY TRISTAN Eduardo y CAGIAO VILA Pilar (coord.) España, Editorial Universidad Santiago de Compostela, 2011, p.255-274.

TORRES-RIVAS Edelberto, *Revoluciones sin cambios revolucionarios. Ensayos sobre la crisis en Centroamérica*, Guatemala, F&G Editores, 2011.

SIEDER Rachel, «Políticas de guerra, paz y memoria en América Central», in *Las políticas hacia el pasado. Juicios, depuraciones, perdón y olvido en las nuevas democracias*, BARAHONA DE BRITO Alexandra et al. (eds.), España, Ediciones Istmo, 2002.